



CORPORACIÓN EDUCACIONAL INSTITUTO SAN PEDRO
LENGUA Y LITERATURA
PROFESOR: HÉCTOR AGUILERA.
NIVEL MEDIO IV.

LECTURA COMPRENSIVA

NOMBRE:		CURSO:	
FECHA:		PUNTAJE OBTENIDO:	

Ya sabemos lo que sucedió en el primer capítulo... Ahora proyectemos el capítulo “DOS”.

Antes de leer responde:

1.- ¿Qué te imaginas que sucederá entre “el negro” y el sacerdote?

2.- ¿Cómo crees que era la relación del sacerdote con su familia?

3.- ¿Cómo fue la relación del “negro” con la familia del sacerdote?

Dos Misa de réquiem

En la memoria del sacerdote apareció la imagen de su padre. Era alto, duro. Tenía los hombros cuadrados de un atleta, las manos grandes y toscas los ojos azules. Hablaba con voz plena, en tono a la vez enérgico y profundo. Montado a caballo evocaba la sensación de centauro que a los indios produjeran los primeros jinetes de la conquista. Una unidad indestructible, superior a lo humano.

Poseía la apostura de un conquistador, su padre; la apostura de un Aries castellano, con sus botas, sus espuelas, su poncho marcial y su andar lleno de aplomo. Su risa bronce, su barba, sus puños.

Cuando murió, él era niño aún.

Desde la memoria, su retina de niño comenzó a devolverle ahora—en un torbellino veloz y sin orden, con el caprichoso deshilván del sueño— las estampas trágicas de su infancia. De cuando no era todavía el padre, Miguel, sino sólo el manso Miguel de gestos apacibles y blanda sonrisa, que no galopaba casi nunca junto a sus hermanos y se iba, en cambio, al paso de su montura, por esas quebradas y esos cerros y esos bosques, a divagar.

Eran las suyas unas meditaciones difusas, y la vida constituía a sus ojos un espectáculo en el cual jamás se sintió con el deber o siquiera con el derecho de intervenir. La vida era lo ajeno, lo prohibido poco menos, o lo vagamente aterrador, y apenas si le estaba concedido verla pasar desde una orilla. Si las vidas son ríos, él no era más que un muchacho sentado en la ribera, disfrutando del eco, mirando, acariciando las imágenes, pero sin tocar jamás los objetos que las provocaban.

Su padre era el polo opuesto. Carlos y Pedro también.

Rebosaban los tres una bravía, violenta virilidad de puño. Un vigor masculino que precisaba manifestarse chocando. La autoridad absoluta de que disfrutaban en el fundo, por ejemplo, era para ellos un atributo legítimo, connatural. En su concepto, los inquilinos les debían sujeción por la ley misma de las cosas. Una especie de vasallaje sin condiciones ni trabas ni límites, no ligado a principios o a rendición de cuentas.

A pesar de eso, eran en general buenos patrones, con la bondad caprichosa del monarca que condesciende. Mano abierta, cordialidad, campechanía fácil desde la distancia. Aunque pudieran, en un raptó, llenar la mesa de uno de sus pobres, no llegaban nunca a compartirla. La normalidad —su normalidad— perduraba mientras no descubrieran algún gesto rebelde, o siquiera digno, de parte de sus subalternos. A los campesinos de la Treilera no se les reconocía el lujo de la dignidad. Y, en su código, la rebeldía era un crimen para el cual no había atenuantes, y cuya comisión desencadenaba la ira irrestricta del monarca convertido en déspota.

Rebeldía. Ira.

La primera escena del drama pudo titularse así. Los personajes eran su padre, el Negro y él. O él no. El permanecía en un rincón, como de costumbre. Sin actuar. Hablaba su padre. Con ira, pero aún no esa ira desbocada, gigante, que en él engendraba cualquier resistencia. Con una ira normal todavía, dispuesto a perdonar, o a castigar sin alejarse demasiado de lo justo. Increpaba al Negro:

—¿Tú tomaste esa montura? ¿Es cierto?

El Negro callaba, y en su rostro moreno se iba haciendo piedra el silencio.

—¿No me oyes? ¡Contesta!

Y el Negro mudo.

—Contéstame, hombre: es por tu bien.

Nada. Las dos respiraciones silbaban con suavidad absurda al salir de las tensas narices.

¿Por qué no responde, o por qué no huye? — se preguntaba Miguel—. ¿Por qué espera? ¿Qué espera?

Y el temor, la premonición, le atenaceaban ya, ahogándole.

—¿Tú tomaste esa montura? — repitió don Pedro.

Cualquier espectador habría percibido calma en su tono. Pero Miguel y el Negro sabían que no. Sabían lo que ardía bajo ese aparente dominio de sí, lo que se estaba acumulando, apretando, en el interior del patrón. Y al fin toda esa explosiva energía contenida estalló, brusca:

—¿No vas a contestar, ladrón?

Era al crepúsculo. A la hora de las luces opacas, cuando las figuras adquieren contornos difusos, de lo que no son, y el álamo es un monstruo sombrío, y el sauce una vieja curcuncha, y en el agua de los charcos se ocultan objetos de plata. Era el crepúsculo. Ahora, la estampa de don Pedro cobró en integridad su esplendor épico, revestida por una furia de contorno imperial. Con cierta majestad espantosa, y a la vez en forma imperceptible—no imperceptible para él, ni para el Negro—, sus dedos atenacearon la fusta. Luego, en un instante, a la velocidad del relámpago que apenas rasga la penumbra, un latigazo cruzó el rostro del joven inquilino con un son siseante.

Fue un segundo.

En el segundo siguiente, el Negro recogió del suelo un guijarro, lo arrojó a la cabeza de don Pedro y le arrebató de un tirón la fusta, que partió en dos con la rodilla. No devolvió el golpe. No era esa su intención todavía. Todavía no. Era más altivo, le igualaba más con el ofensor destruir el instrumento de la injuria, que era también el símbolo de la tiranía patronal.

En seguida se fue. Mientras desaparecía—tranquilo ya, frío ya: yéndose, no huyendo—entre los eucaliptos que rodeaban las casas, gritó:

—Ehto no va'quear así, on Peiro. Noh vamoh a ver.

Nos vamos a ver.

Fue una tarde, también, también poco después de la puesta del sol. Venía don Pedro de regreso de San Millán, donde había dejado a los dos hermanos de Miguel, que ingresaban en el colegio, internos.

Al llegar al jardín exterior, junto a la tranquera, el Negro emergió—quizá si en el punto preciso por donde se marchara la otra vez—, más alto ahora, más hombre. Cargaba tres años de correrías y odio encima. Tres años de monte y escaramuzas y sangre. Se veía siniestro bajo la semiluz del ocaso. —Güenah tardeh, patrón.

Desde lo alto de su montura, por la postrera vez capitán, don Pedro no replicó. Espoleó su cabalgadura—¿porque sabía, porque presentía, porque buscaba una postura airosa para la muerte?—y trató de seguir hacia adentro. Igual que si no hubiera un bandido, sino un simple mozo de cuadra frente a él.

O igual que si le diera lo mismo una cosa u otra. Señor.

Veloz, el Negro cogió el poncho que colgaba de sus hombros y golpeó con él los belfos del caballo, que se encabritó y arrojó al suelo al desprevenido jinete. Allí, sin darle tiempo para levantarse, sin emoción tampoco—veloz, veloz: todo era veloz y helado, con la helada celeridad de la serpiente—, en la forma en que se ultima a una res, el Negro se inclinó sobre don Pedro y le hundió el corvo en el pecho. Una puñalada sola, certera, sin ensañamiento: justo lo necesario. Y antes de retirar su arma para que huyera del cuerpo del otro el postrer soplo de vida, pronunció en la penumbra de su agonía la sentencia:

—Yo le 'ije, on Peiro. Y a los ñiñoh leh va' pasar lo mihmo cuando crehcan. Se lo juro. Ante el asombro estático de los peones y de Miguel, con sereno a la vez que ostentoso desafío, el Negro montó en la cabalgadura de su antiguo patrón, vuelta trofeo de venganza, y se marchó hacia los cerros. Miguel tenía doce años, entonces, y sus hermanos quince y diecisiete. Hacía tiempo que la madre había muerto. Quedó, pues, solo en el caserón aquella noche. El viento y luego la lluvia, afuera, entonaron un largo canto de réquiem para su insomnio.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR SOBRE EL TEXTO:

3.- ¿Cuál es el tema que subyace a este capítulo?

4.- ¿Qué diferenciaba al sacerdote de su padre y hermanos?

5.- ¿Cuál es la promesa que hace “el negro” y por qué la realiza?

6.- ¿Qué sensación te produjo la discusión que se inició con la acusación que se le hace al “negro”? Explica.
